

# El Papa-Moscas

Fundador D. Jacinto Ontañón

## Número extraordinario

### DEDICADO A LA FIESTA DE LA RAZA

#### Colón en Burgos

El año 1496 corría... Cristóbal Colón, volvía de su segundo viaje a América con la intención de presentarse ante los Reyes Católicos, cuando al desembarcar en Barcelona enteróse de que los reyes se encontraban en Burgos. El, dirigióse a esta hidalga ciudad y se presentó a doña Isabel y a D. Fernando en el Palacio de los Condes de Haro, edificio conocido vulgarmente por «La Casa del Cordón».

Fernando e Isabel esperaban a Colón en un salón fastuosamente engalanado para el caso, sentados en un trono bajo los grandes dignatarios de ambas cortes y varios nobles de ambos reinos. Colón entró en la estancia acompañado por un brillante cortejo de caballeros en medio de los cuales se distinguía por su elevada estatura y por ir «vestido con unas ropas de color de hábito de fraile» según dice el bachiller Andrés Bernaldez, cronista de la época. Una leve sonrisa al devolver el saludo al pueblo que le aplaudía era el indicio único de la inmensa alegría que le retozaba en el corazón.

Apenas se acercó, se levantaron los reyes y habiendo cobrado la rodilla Colón para besarles las manos, con dificultad le permitieron este acto de vasallaje. Puesto enseguida de pie, le hicieron sentar en su presencia en un sillón preparado al efecto.

Después de brevemente decirles algo respecto a su segundo viaje, el insigne almirante presentó al rey y a la reina algunos indios, además de objetos y productos que como ligera muestra de la fertilidad y riqueza de aquellas tierras, había traído. Después, les presentó una gran cantidad de preciosos metales que como éxito triunfal de sus fatigas, depositó el insigne genovés a las plantas de los egregios monarcas de Castilla y Aragón.

Don Fernando el Católico, ordenó que con una parte de el oro que Colón había traído, se dorasen los artesones y techos de la Sala Regia de su Palacio de la Alfajería en Zaragoza. Entonces doña Isabel quiso destinar otra parte del mismo oro a la Cartuja de Miraflores, como recuerdo a que era casa de don Juan II, su padre, y ordenó que se empleara en la construcción del retablo mayor, que por entonces se había empezado.

La relación que el cronista de los Reyes Católicos, bachiller Andrés Bernaldez, dedicó a la venida de Colón a Burgos es muy curiosa por lo ingenuamente descrita y dice así: «Vino (el Almirante Colón) en Castilla en el mes de Julio de 1496 años, vestido de unas ropas de color de hábito de fraile de San Francisco de la observancia, y en la hechura poco menos que hábito, e un cordón de San Francisco por devo-

#### Prólogo que dedicó Cristóbal Colón a los Reyes Católicos en el libro de su primera navegación

In nomine D. N. Jesu Christi

Porque, cristianísimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy poderosos Príncipes, Rey y Reina de las Españas y de las islas de la mar, nuestros Señores, este presente año de 1492, después de Vuestras Altezas haber dado fin a la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, adonde este presente año a dos días del mes de Enero por fuerzas de armas vide poner las banderas Reales de Vuestras Altezas en las torres de Alfambra, que es la fortaleza de dicha ciudad, y vide salir al rey moro a las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas y del Príncipe mi Señor y luego en aquel presente más por la información que ya había dado a Vuestras Altezas de las tierras de India, y de un príncipe que es llamado «Gran Can», que quiere decir en nuestros romances Rey de los Reyes, como muchas veces él y sus antecesores habían enviado a Roma a pedir doctores en vuestra santa fe, porque le enseñasen de ella, y que nunca el Santo Padre le habían proveído, y se pendían tantos pueblos creyendo en idolatrías, e recibiendo en sí sectas de perdición, Vuestras Altezas, como católicos cristianos y Príncipes amadores de la Santa fé cristiana y acrecentadores de ella, y enemigos de la secta de Mahoma y de todas las idolatrías y heregias pensaron de enviarme a mí, Cristóbal Colón, a las dichas partidas de India para ver los dichos príncipes y los pueblos y tierras, y la disposición de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversión dellas a nuestra Santa fé; y ordenaron que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se costumbra de andar salvo por el camino de Occidente, por donde hoy no sabemos por cierta fé que haya pasado nadie.

Así que después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros reinos y señoríos, en el mismo mes de Enero, mandaron Vuestras Altezas a mí que con armada suficiente me fuese a la dichas partidas de India; y me enoblecieron que donde en adelante yo me llamase Don, y fuese Almirante mayor de la mar Océana e Visorrey y Gobernador perpetuo de todas las Islas y Tierra firme que yo descubriese y ganase, y de aquí en adelante se descubriesen y ganasen en la mar Océana, y así sucesivamente mi hijo mayor y así de grado en grado para siempre jamás; y partí yo de la ciudad de Granada a 12 días del mes de Mayo del mismo año de 1492 en Sábado: vine a la villa de Palos, que es puerto de mar, adonde armé yo tres navios muy aptos para semejante fecho, y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos y de mucha gente de la mar, a tres días del mes de Agosto del dicho año en un Viernes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canaria de Vuestras Altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota, y navegar tanto que yo llegase a las Indias, y dar la embajada de Vuestras Altezas a aquellos príncipes y cumplir lo que así me habían mandado, y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que yo hiciere y viere y pasase como adelante se verá.

También, Señores Príncipes, alende describir cada noche lo que el día pasase, y el día lo que la noche navegase, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar, en la cual situare toda la mar y tierras del mar Océano en sus propios lugares debajo de su viento; y más componer un libro, y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinocial y longitud del Occidente, y sobre todo cumple mucho que yo olvide el sueño y tiente mucho el navegar porque así cumple, las cuales serán gran trabajo.

CRISTOBAL COLÓN

ción, y trujo consigo algunos indios que antes que él de allí partiese, él había prendido... Traía al cacique Caonaboa y a un hermano de fasta 35 años a quien puso por nombre D. Diego, e a un mozo sobrino suyo, hijo de otro hermano, y murióse el Caonaboa en la mar o de dolencia o poco placer. Traía un collar el dicho D. Diego... que le hacía el Almirante poner cuando entraba por las ciudades o lugares, hecho de eslabones de cadena que pesaba seis cientos castellanos, el cual yo vi tuve en mis manos y por huéspedes en mi casa... al Almirante e al dicho D. Diego—Trajo entonces el Almirante muchas cosas de las del uso de los indios coronas, carahilos, cintos, collares y otras muchas cosas... en especial traía una corona que decían que era del cacique Caonaboa, que era muy grande y alta... Los que de aquellos indios que trujo vivieron presentó con las cosas y oro que trujo a el Rey e a la Reina, de los cuales fué muy bien recibido e ovieron mucho placer de ver las cosas extrañas e de saber de lo descubierta.» Se cree que en la construcción del magnífico retablo intervino más oro que la parte que doña Isabel destinó del que el insigne Colón trajo, mas esto no se sabe fijamente.

E. O.

#### A Cristobal Colón (1)

El cincel admirable de Susillo grabó la majestad en el semblante del insigne y coloso navegante, de aquel oscuro genovés sencillito.

En los ojos de bronce puso el brillo de aquella fé que iluminó constante al noble y arriesgado viandante, al que fué del Atlántico caudillo.

¡Oh náutico mortal, sabio profundo que a cambio de cadenas diste un mundo!

Sabes luchar con tu destino adverso, idea colosal tu mente encierra, sientes volar bajo tus pies la tierra y agrandas con tu genio el Universo...

José MONTERO.

Madrid 8-10-1918.

(1) Ante un precioso busto hecho por el insigne escritor Susillo.

#### ¿LA FIESTA DE LA RAZA?

Fuera acaso mejor llamarla fiesta del idioma.

Descubrimos y conquistamos el Nuevo Mundo, dimos a aquellos inmensos territorios leyes admirables.

Las leyes se olvidaron; las ¡conquistas se perdieron.

Lo que fué tierra española pertenece

hoy a naciones jóvenes que a España consideran como madre amantísima.

De cuanto allí dejamos, con ser tanto, casi nada queda.

Pero, al través de los tiempos, después de las guerras, hay algo, imperecedero y sagrado, que dirá siempre al mundo que aquellos pueblos fueron nuestros: El idioma, esta riquísima, admirable lengua, que llamamos castellana. Mientras en América tal lengua se hable, estará elevada a la gloria de Castilla, a la gloria de España, el más duradero y grandioso monumento.

Con razón un desafortunado catalanista, tan significado enemigo de la patria española, como el Sr. Puig y Cadafalch, ha dicho que la Mancomunidad catalana, por él presidida, no puede adherirse a la fiesta de la raza, que los Consules de las Repúblicas Americanas celebran hoy en Barcelona.

Sabe que en tal fiesta, al glorificar a la raza, se glorificará a la lengua, que es glorificar a Castilla.

Con mayor razón, y por contrarios motivos, aquí, en este rincón burgalés, centro, cabeza y corazón de Castilla, debemos decir:

Gloriosa es la raza, celebremos su fiesta, pero más gloriosa es la lengua patria, verbo de la raza española, el habla castellana. Festejémosla también!

Eloy GARCÍA DE QUEVEDO

Correspondiente de la R. Academia Española.

## A Cristóbal Colón

Mares de ronco son que embravecidos entonáis de los siglos la grandeza, con potentes rugidos, mares en cuyas olas solitarias aún se escucha el rumor de las plegarias, que alzaron al imperio aquellos victoriosos campeones, que luchaban por Dios como leones, humillando a sus pies al agareno; mares en cuyo seno palpitan todavía recuerdos gratos a la patria mía, dadme, por fin, vuestro gigante acento; quiero cantar al día venturoso en que Colón con vencedora mano pudo exclamar ufano, con ánimo sereno y victorioso, que la duda cruel al mundo cierra: ¡Triunfe por fin!... Hispanos ¡tierra, tierra!

Después de aquella bruma, desde Palos mirad aquellas naves; mirad las olas de flotante espuma cómo sus quillas acarician traves. Ya va a esconderse el sol, ya desaparece, de fuego colorando el horizonte. Ya, por fin, se ha ocultado entre las crestas del vecino monte, ya la tarde perece... más no así la esperanza; mirad en lontananza de nuestra amada patria los peñones: ¡Adelante, adelante, pueblo ibero! nada resiste a tu fulmineo acero, ni al rugido feróz de tus cañones.

Surcando van el ponto embravecido las naves de Colón, la tierra ignota todavía a su vista no ha surgido y corren, como corre la gaviota que vuela en pos de su adorado nido. Vuelan los días, la esperanza vuela contra Colón lanzando fiero grito; pero el héroe jamás se desconsuela y en su vista, que mira lo infinito, la majestad del genio se revela. La reluciente aurora, divino germen del naciente día, va a ser de la alegría precursora; ya se escucha a lo lejos canto sentimental de ave canora; ya renace en los pechos la esperanza, ya contra el genio terminó la guerra y a la tormenta sigue la bonanza.

Alza Colón tu colosal figura, mientras dirijo a tí mi humilde canto, genio del mar que brillas en la altura y a cuyo resplandor potente y santo, se enciende la luz del Evangelio en extrañas y bárbaras regiones, ignoradas de Europa otras edades, mientras el sacerdote la Hostia alzaba y ante aquél pueblo idólatra mostraba la única verdad de las verdades.

JACINTO ONTAÑÓN (†)

## La fiesta de la raza

¡Hermoso nombre es el citado, para designar la solemnidad que se celebra en este aniversario!

¡Que Dios bendiga a quien lo inventó!

No hace muchos años, un hombre de Parlamento, en cierta nación, cuyo nombre no hace al caso exponer aquí, calificaba a nuestra querida España de pueblo moribundo, próximo a desaparecer de las cartas geográficas.

Ante lo desatinado, ante lo absurdo, la mejor razón es el silencio, cuando este va acompañado de hechos que demuestran, elocuentemente, lo injusto de la apreciación.

Tal hizo, y tal sigue haciendo, España, en la ocasión a que me refiero. Siguió de la obra magna de su reorganización; educó, y educa, a sus hijos, abriendo nuevas escuelas y preocupándose constantemente de la instrucción pública, alma y vida de los pueblos; trabajó, y sigue trabajando, por el florecimiento de la industria en todas sus deslumbradoras manifestaciones... y demostró, en fin, que vive y alienta, con poderosos arrestos, esta nación, hidalga, dueña, un día, de los destinos del Mundo.

¡Qué hermosa contestación a aquellas afirmaciones atrevidísimas del parlamentario extranjero!

Pero las naciones no solamente demuestran su vitalidad y sus energías trabajando durante la paz, para conseguir el florecimiento en la época presente. También se revela el vigor rindiendo homenaje a los que fueron, para que, con el ejemplo de aquellos, aprendan la generación presente y las futuras. Las estatuas y los monumentos, esos tributos de bronce o de piedra, que los pueblos elevan a la memoria de los sabios, de los valientes y de los buenos, son libros permanentemente ostentados ante el público, cual si las figuras que, en ellos, se van, dijieran a los que pasan a su lado:

«Así se procedió!» «¡Aprended!» España, nuestra cuna, nuestra segunda madre, fué siempre un tesoro de virtudes y de energías. Porque, aunque atravesó épocas de penuria, harto bien probaron sus hijos que el valor se muestra igualmente sufriendo las contrariedades que obteniendo las victorias. ¡Qué elocuentes son las enseñanzas del dolor!

Pero, con ser muchos los timbres de gloria que los españoles podemos ostentar, en ninguna ocasión mostró España tan elevadas dotes como en aquellos años felices, en los cuales, terminada la lucha de ocho siglos contra los sectarios de Mahoma, se realizó la unidad nacional, y, en día felicísimo, una reina modelo de virtudes, la inolvidable Isabel la Católica, a la cual hemos de ver algún día en nuestros altares, enarbó el bendito estandarte de la Santa Cruz, sobre las arabescas torres de la Alhambra, entre los rayos del sol que lanzaba un beso de amor a la florida vega de Granada. En hora tan feliz, España comenzó a figurar, en columna de honor, en las huestes de la civilización del mundo.

Faltada una última hoja a la corona de nuestras glorias. Y esa hoja se la envió Dios a nuestro país siempre tan creyente; siempre tan valeroso; y siempre tan digno de la protección del Altísimo.

Un sabio, uno de esos héroes que, por más que vivan desconocidos, y aun perseguidos por la envidia y hasta por los menosprecios, no desmayan jamás, el inmortal genovés Cristóbal Colón, con los arrestos dignos de un gigante, pugnaba contra el rutinarismo de aquellos cosmógrafos, refractarios a todo lo grande que se presentase cubierto con el manto de la novedad. Como es sabido, no solamente en la obra del Cardenal D' Aylli, titulada «Imayo Mundi» sino en otras varias cuya enumeración sería muy larga encontró Colón la demostración científica de su proyecto... pero ni en Italia, ni en Portugal, ni en algún centro científico español que visitó primeramente, quisieron creerle.

Luchó y sufrió «Y, AL CABO», LA HIDALGUÍA ESPAÑOLA LE PROPORCIONÓ LA VICTORIA».

Un religioso tan humilde como sabio, el Padre Fray Juan Pérez de Marchena, gran cosmógrafo, y geógrafo peritísimo, le acogió cariñosamente, en el convento de La Rábida. Y desde la orilla del Mediterráneo, en uno de los lugares más poéticos de la provincia de Huelva, la fama de Cristóbal Colón, antes ignorada, y aún oscurecida, levantó el vuelo, y se elevó a las regiones de la inmortalidad. Poco tiempo después, la Reina D.<sup>a</sup> Isabel, aquella dama de corazón tan grande como el Mundo, aquella señora que era la personificación de la mujer española, valiente ante las incertidumbres, generosa y abnegada como ninguna, enterada de las campañas de Colón, prestó a los proyectos del ilustre marino su protección decidida y llegó, hasta a vender sus alhajas, para costear los gastos de la expedición exploradora.

A punto estuvieron de morir entre las revueltas olas, tanto el marino ilustre como los valientes que le acompañaban. Aun perfeccionada la brújula desde los tiempos de Melchor Gioja, allá en el siglo XIII, en aquellos tiempos de Colón se navegaba aún muy mal, y la empresa era digna, no de mortales débiles, sino de gigantes.

Pero, al cabo, el 12 de Octubre de 1492, aquél gran explorador, y los españoles que le acompañaban adoraron el estandarte de la cruz, postrados, de hinojos, en aquella tierra americana, de la que solamente se tenía noticia en Europa por las débiles referencias de los Normandos, las cuales alcanzaban al Norte de Groenlandia, pero en manera alguna al resto del vastísimo Nuevo Mundo.

Y, en esta fecha señaladísima, el 12 de Octubre, España, emocionadísima, evoca la memoria de aquellos bravos expedicionarios... de aquella reina... de aquél religioso.

En América, muchos millones de ciudadanos hablan nuestro idioma, y tienen un corazón español. Los que en tal situación de afecto se hallan, unen sus entusiasmos a los nuestros, en este día. Y los gritos de júbilo de unos y otros, recordando glorias tan gratas, atraviesan los mares y dejan oír el himno de entusiasmo que cantan acordes los pueblos hermanos.

¡Ved si es hermosa la Fiesta de la Raza!

Juan Manuel de CAPUA

## América Latina

Las palmas son la gloria, y los palmares cubrir de gloria a América parecen: los mares son lo inmenso, y la guarnecen vastos espejos de estruendosos mares. Los ríos son poesía, y con cantares las liras de cien ríos la ensordecen; los montes son grandeza, y la enaltecen cimas de cordilleras seculares.

Raza que cara al sol, libre camina, hunde su apocalíptica retina del tiempo venidero en lo profundo.

Y así misma se observa triunfadora la hostia elevar sublime y redentora que ha de mirar arrojado el mundo.

SALVADOR RUEDA

## La Humanidad deudora a España por el descubrimiento de las Américas.

Creo que todavía no se ha hecho a España la debida justicia, por el beneficio que la Humanidad entera la debe, a causa del descubrimiento de las Américas.

Ha dicho un historiador, que el viaje de Colón a España, y a través de mares nunca explorados, en busca de mundos desconocidos, no era la obra de un aventurero, sino la de un Genio que recibe inspiración en regiones más puras y serenas.

Nosotros, en cambio, creemos, que

sus viajes, sus descubrimientos, y su actuación toda, fué obra de la Providencia para arrancar a muchos pueblos de las tinieblas del error en que vivían, difundir entre ellos la luz de la Fe y proclamar el principio de la unidad de raza, no obstante las diferencias de color, estructura, costumbres, etc., que han impreso entre los hombres los climas, las latitudes, su género de vida y otras concausas que no hemos de examinar.

Sin que sepamos cómo, medio mundo se había desgarrado del otro medio, y entre vergeles frondosos y gigantescos bosques de palmeras, vivía uno en estado salvaje, mientras el otro había corrido los caminos del progreso, y endulzado sus costumbres con una religión de amor y de paz.

En los designios de la Providencia, había sonado la hora de que el viejo mundo descubriera al mundo nuevo, a los fines que hemos indicado antes, e inspiró la idea al inmortal Colón. Pero claro es, que éste por sí solo tan desamparado y pobre, que tenía que llamar a las puertas de los conventos para que le dieran trozos de pan con que él y su hijo matasen el hambre, no hubiera podido realizar la obra más grande de los siglos, sin haber encontrado un fraile que le protegiese, y una reina bondadosa y grande que leyera en su mente las inspiraciones que los otros tenían por quimeras o locuras. Pero fué necesario más: que hubiera una España, que acabada de reconstituir políticamente, y sintiendo las voces de la Fé y las llamaradas de la inspiración de aquél peregrino, de aquél fraile y de aquella reina, se atreviera a acometer la empresa del descubrimiento. Y claro es que la unión de todos estos factores, más que series de concausas humanas, es obra de la Providencia, para que la humanidad llene los fines que la ha trazado.

Vese, pues, en qué forma contribuyó España, como instrumento de la Providencia, con su reina y sus religiosos, y sus hombres y sus riquezas, al descubrimiento del Nuevo Mundo, y qué deudora la es la Humanidad. La falta de espacio puesto que solo se nos ruegan unas líneas, y la de tiempo, porque estas se nos piden a última hora, nos impide estudiar otra clase de beneficios que no ya América sino el mundo entero deben a España, con motivo del descubrimiento de aquella, o de su actuación en éste; v. g.: los que produjo la sabia, prudente y dulce legislación, que se dió para regir aquellos países, bien distinta por cierto de la con que otras naciones han aprisionado, como con mano de hierro a sus colonias. Pero como el estudio de esta materia requiere varios artículos, se los prometo a EL PAPA-MOSCAS para cuando las ocupaciones me dejen unos ratos libres, y ahora hago punto, cumplido el encargo dicho, de que ponga unas líneas.

Manuel GAITERO GIL.

## COLÓN

Sobre la carabela va asentada su figura inmortal; en su ancha frente el genio vive, y suelta, cual torrente su cabellera rubia y encrespada.

Hunde Colón la omnívota mirada en el divino cielo transparente, y señala su brazo omnipotente a una quimera por su Dios dictada. Quieto sobre cubierta, ve el coloso, el semblante sublime y asombroso lograda su ilusión que al mundo aterra.

Y su valiente gente enardecida, al ver el áureo fin de su partida ensordecen el mar con ¡Tierra, tierra!

Paulino Páramo

## Se ha recibido

la segunda edición de la preciosa novela de Pedro Mata «Ganarás el pan», premiada en el «Concurso de Novelistas del siglo XX.» Librería Ontañón.

## Doce de Octubre

Lector, aparta un momento tu vista del periódico, cierra los ojos, y deja correr tu fantasía por los amplios campos de la ilusión.

¡Cuántas ideas evocan estas divinas palabras que suenan como un cincelado verso! *La fiesta de la Raza.*

Hoy se unen espiritualmente los pueblos y desde los rincones del mundo se eleva un recuerdo para el Inmortal Navegante. Colón vive en la mente de todos durante estas veinticuatro horas. Para nosotros es admirable su figura como hombre, tanto como Almirante de Castilla.

De un temperamento ferro con los ojos puestos en un ideal, camina por la senda de la vida, recibiendo ultrajes, insultos y desprecios. Antes que su pensamiento fuera una gloriosa realidad, se hartaron los sabios de su tiempo de llamarle loco. Cuando fué un hecho lo que en principio se juzgó quimera de una mente calenturienta, las más viles patrañas se tegieron para perderle, y sin embargo, nada le hizo vacilar, nada torció su voluntad indomable y siguió siempre con la vista puesta en un más allá. Aún en los últimos momentos, cuando la muerte lo llamaba, abandonado de todos, sueña todavía con nuevas grandezas.

Hermoso ejemplo digno de inculcarse en el cerebro de todos los españoles y más hoy en que parece que una gran mayoría carece de ideales y hasta se considera un loco o por lo menos un hombre poco de su tiempo al que se atreve a lanzar algún proyecto que se aparte del sentir general.

Todos en nuestra vida alimentamos algún ideal y nos hemos embarcado alguna vez en la débil carabela de una ilusión. Sobre su puente hemos visto como las alas del odio o del desprecio pugnaban por hundir la fragil barquichuela, mientras los vendavales de las humanas pasiones rompían las jarcias y trataban de desarbolar la embarcación.

Dichosos los que lograron ver en su vida un 12 de Octubre, y puesto el corazón en Dios y la vista en el glorioso estandarte del ideal lograron arribar a las hermosas playas de la ilusión. Pero desgraciados si al desembarcar no encontraron otra nueva empresa que emprender. Su viaje fué perdido y más les valiera no haberlo comenzado, pues muy pronto sentirán el cansancio y hastío de lo conseguido.

Recuerdo especial merecen también los que lucharon y no llegaron o naufragaron en su lucha, piedad para ellos y unas lágrimas de conmiseración por su desgracia. Pero no nos detengamos a contemplarles, pues es posible que las mismas tormentas que desgraciaron su viaje nos sorprendan en nuestro camino. Sigamos y apartando la vista gritemos ¡adelante!

Imitemos el ejemplo de nuestro Primer Almirante y que todos los años al conmemorar la fecha de hoy sintamos vibrar las fibras de la raza dentro de nuestro cuerpo que nos empujen a emprender nuevo viaje en pos de un nuevo ideal y el que al llegar a este día no sienta estos nobles estímulos—desgraciado de él—que se aparte, pues ya que no camine, no entorpezca ni reste ánimos a los demás.

Debe ser esta fiesta un canto optimista al espíritu que animó a los hombres de esta gloriosa raza que preñada siempre de ideales supo dar un día, vida y civilización a un Nuevo Mundo.

A. D. P.

12-10-1918.

De un colega madrileño:

«¿Ha parecido Coba?... ¿Coba en Aranjuez?... Coba no parece...»

¡Eso es mucha «coba» para un periódico solo!